

Nuevas estrategias de lucha de las minorías y el racismo cultural

Jaime Bailón

Una de las principales ideas de esta ponencia es la descripción del proceso de aparición de un nuevo tipo de racismo que he tenido a bien denominar cultural. Otra idea, estrechamente relacionada con la anterior es cómo los grupos que defienden los derechos de las minorías étnicas, al adoptar como estrategia de lucha la reivindicación de una identidad "racial" está de alguna manera consolidando este nuevo tipo de racismo y, desde la perspectiva del filósofo francés Michel Foucault, le estarían siguiendo el juego al poder.

Tenemos que entender el poder en un sentido más amplio, que no se restrinja al poder político si no más bien entender el poder en la acepción foucaultiana, que lo define como un conjunto de relaciones de fuerzas que tienen como objetivos: medir, controlar y corregir y, como finalidad última, la producción. Existen tantos poderes –familiar, escolar, médico, etcétera–, como instituciones que puedan garantizar el cumplimiento de los objetivos que acabo de describir. La otra cara del poder es el saber, que sería el encargado de producir verdades sociales (principios morales, legales, leyes "científicas").

Una segunda observación es definir el concepto de identidad, acorde con el discurso o el campo de las luchas reivindicativas de tipo étnico. En su ensayo sobre racismo y discriminación Gonzalo Portocarrero define la identidad como la posibilidad de articular todas las identificaciones relevantes que uno ha desarrollado en su vida; la posibilidad de integrar. Si uno rechaza alguna de sus pertinencias más íntimas, alguna de sus identificaciones más decisivas, uno va a vivir desgarrado. Portocarrero concluye esta idea afirmando que este desgarramiento es el problema del mestizaje. Es decir un individuo que no puede establecer una confluencia feliz de todas las matrices culturales que lo conforman, es un sujeto en crisis, problematizado, que va adoptar como careta una choledad gaseosa (en el Perú todos somos cholos o mestizos, es el país de todas las sangres) o simplemente hacer de cuenta que el problema racial es un asunto superado, porque se ha demostrado científicamente (subrayo lo científico) que las razas no existen. Aquí es importante acotar que esta última posición no es una frase hecha, existen estudios muy serios que establecen la invalidez del concepto de raza para los seres humanos.

Podemos definir la raza como el conjunto de caracteres biológicos comunes a un grupo humano, que lo diferencian de otros grupos y por los cuales se distingue también su descendencia, en tanto el grupo continúe aislado. Pero no existen grupos humanos que se encuentren en una situación de completo aislamiento, los encuentros, mutaciones, y cruces han sido una constante en la especie humana. Por supuesto que esto no significa que no existan grupos humanos que compartan en mucho

mayor grado que otros un conjunto de caracteres genéticamente transmitidos y que puedan ser ordenados, pero inclusive al interior de estos grupos en apariencia con rasgos físicos semejantes se presentan combinatorias que ponen en cuestión los corsets de cualquier clasificación. En su libro de antropología, Fernando Silva Santisteban consigna los siguientes ejemplos: los habitantes del norte de la India, son típicamente caucásicos en todo menos en el color, y también los bosquimanos del África que figuran clasificados como negros, a pesar de que el color de su piel es tan amarillo como el de los mongólicos.

Consideraba pertinente realizar esta sucinta aproximación al concepto de raza. Pero retornemos a una de nuestras ideas principales. La actitud de las organizaciones que defienden los derechos de las minorías y de algunos intelectuales es combatir una actitud evasiva respecto a la "problemática racial". Bueno enfrentar el problema es partir de una perspectiva fáctica, observable: ¿Se establecen en el Perú relaciones de jerarquía y diferenciación a partir de la apariencia física de los sujetos?, la respuesta es sí, ergo el Perú es un país racista. Es más si nos atenemos a una definición simple de racismo que es definido como la correspondencia entre los atributos físicos de un individuo y sus caracteres intelectuales y morales, se puede observar que en los espacios públicos y privados de nuestro país este tipo de correspondencias se establecen frecuentemente. ¿Qué estrategias de lucha se pueden adoptar para revertir esta situación?. Me voy a remitir a la experiencia brasileña. Brasil es uno de los países con la mayor concentración de población negra en sudamérica. Hace poco visitó Lima uno de los intelectuales brasileños más prestigiosos: Muniz Sodré, además por si alguien considera este dato importante, Sodré se reconoce como un intelectual negro. En una conversación él me decía que el Brasil es un país muy racista (dentro de la acepción de racismo que hemos venido trabajando) y los grupos que defienden los derechos de las minorías, cuya presencia es casi marginal en Brasil (algo similar ocurre en nuestro país) consiguieron que la Red O'Globo, la cadena de televisión más importante, presente en sus telenovelas actores negros en roles que no sean subalternos: delincuentes, marginales, sirvientes. Así pudimos ver (algunas de esas novelas se difundieron en nuestro medio) actores negros haciendo papeles de jueces, sacerdotes, empresarios, etcétera.

Hay una precisión que quisiera hacer aquí, hablar de minoría negra en Brasil es acertado pues la noción de minoría no hace referencia a un asunto de número sino a la posición subalterna que tendría un grupo en un campo social.

Retornando a la experiencia brasileña los pocos intelectuales que se han interesado en la problemática racial (la mayoría de intelectuales considera que este no es un problema relevante y les gusta vivir el mito de una democracia racial) saludaron esta propuesta. Pero hasta que punto resulta positivo este tipo de estrategias que yo he denominado "a la norteamericana". En los Estados Unidos se establecen "cuotas de ingreso" de cada grupo racial en los diversos campos de la vida social: Cine y televisión, fuerzas armadas, universidades. En los programas de becas o de financiamiento de investigaciones: Hay un porcentaje para los negros, un porcentaje para los

hispanicos y un porcentaje para los “otros” que vendrían a ser los inclasificables (supongo que allí pondrán a los arios hindúes de piel oscura).

El problema con una estrategia de integración de este tipo es que tiende a etiquetar a las personas, a clasificarlas, ordenarlas (no se olviden de las tareas del poder que cité al comienzo): negros por aquí, amarillos en este lado, rosados en este otro. Y le van a recordar siempre su lugar. En los noticieros de televisión podemos apreciar esto: el alcalde negro de Nueva York, El general negro, etcétera, además de etiquetar a los agentes de cada colectividad. Se ha establecido una peligrosa correspondencia entre los rasgos físicos más saltantes de un sujeto y su cultura. Esta relación entre raza y cultura fue estatuida nuevamente por Lévi Strauss en una ponencia que presentó al congreso de la Unesco del año 71. Luego de que se estigmatizara por mucho tiempo el concepto de raza, este adquiriría a raíz de esta ponencia una inusitada vitalidad. Lévi Strauss descubre que la raza –o lo que se da a entender generalmente con este término– es una función entre otras de la cultura. Entendida esta última como el conjunto de conocimientos y de valores que no constituyen el objeto de ninguna enseñanza específica y sin embargo todo miembro de una comunidad conoce (este vendría a ser el anticoncepto de cultura de la ilustración). Como el término raza causa mucho temor ha sido sustituido por el de cultura al menos en el discurso oficial de las organizaciones humanitarias. Ahora se dice que los seres humanos extraen toda su sustancia de la comunidad a la que pertenecen, la cultura sirve ahora –como bien señala Finkelkraut en su libro *La Derrota del Pensamiento*– como estandarte de la división de la humanidad en entidades colectivas, insuperables e irreducibles. Esta posición adquiere todo su dramatismo en una anécdota terrible que me relató un familiar. En un centro comercial de Alemania vio un aviso en inglés y alemán que decía si usted ve a un alemán robando llame a la policía, pero si ve a un latinoamericano no haga nada, es su cultura.

Ahora se está articulando un nuevo discurso racista que tiene como sustento la cultura, este tipo de racismo es diametralmente opuesto al racismo decimonónico colonialista, que situaba en una misma escala de valores al conjunto de naciones de la tierra, declarando que la civilización es una sola y la labor de los países desarrollados era la de contribuir a que las naciones o grupos humanos rezagados en la escala de civilización, alcancen los niveles de desarrollo económico y social del mundo europeo. La posición inversa proclama la inconmensurabilidad de las maneras de ser, pulverizando la unidad del género humano en una variedad de culturas múltiples e incomparables. La culminación dramática de este proyecto la tuvimos en el nazismo.

Actualmente esta forma de racismo cultural además de la careta violenta y estúpida de los grupos neonazi o del Ku klux klan, tiene un rostro más humano y es el que postula la igualdad de todos los seres humanos pero respetando las diferencias culturales. Continuando con el razonamiento que hemos explicitado anteriormente (la raza como resultante de la cultura), estas diferencias culturales serían también de tipo racial. Entonces a nadie llama la atención que un intelectual respetado como

Regis Debray diga que hay una manera de ser francés que por supuesto está asociada a los individuos que han nacido en Francia y tienen padres franceses. Incluso se estaba discutiendo en Francia la posibilidad de otorgar la nacionalidad francesa a los hijos de emigrantes nacidos en territorio francés sólo cuando alcancen la mayoría de edad y siempre en cuando no presenten antecedentes policiales.

Esta posición no está sustentada exclusivamente en los desvaríos de intelectuales más o menos reconocidos, sino en los propios grupos que defienden los derechos de las minorías. El año pasado hubo en nuestro país una denuncia periodística contra discotecas que se reservaban el derecho de admisión. Al parecer el acceso se restringía en función al color de piel de los parroquianos. De manera automática se habló de racismo inclusive hubo manifestaciones públicas de condena a esta actitud, pero todo el discurso de defensa de los agraviados tenía como premisa principal la falta de respeto a nuestra cultura andina o a nuestra cultura negra por supuesto que la ligazón de estas culturas con sujetos catalogados como indios y negros era directa. Cito este ejemplo porque en él confluyen las dos caretas de este racismo cultural: su máscara policial, encarnada en la actitud prepotente de los administradores de estos espacios. Y su careta humanista, llevada por los defensores de los agraviados que denunciaban este atropello perpetrado contra indios y negros. Ensalzándose seguidamente los valores y la riqueza de las culturas negra e indígena. La asociación entre cultura y raza es inmediata y es precisamente esta correspondencia lo que habría que combatir. El problema de las discotecas se puede solucionar de otra manera, por ejemplo reforzando los mecanismos de defensa de los consumidores y haciendo ver a los propietarios que brindan o administran servicios públicos que no pueden hacer en esos lugares lo que les da la gana (porque no se trata de su casa o su carro) sino que tienen que someterse a ciertas normas.

Lo que no se puede hacer es seguir hablando de raza, este término debería usarse exclusivamente para clasificar animales (pastor alemán, san bernardo) y no seres humanos. No pretendo que de la noche a la mañana este concepto desaparezca del espacio de la cotidianidad. Pero un discurso con una pretensión académica no debería seguir usándolo y menos aun como eje de luchas reivindicativas, pues lo único que se estaría consiguiendo es darle cierta validez y reafirmar diferencias, que si bien son inmanentes a los seres humanos, son en gran parte el resultado de relaciones de poder.

En su visita a los Estados Unidos, Alexis de Tocqueville, uno de los pensadores más lúcidos del siglo XIX, observó que en el país de la libertad millones de seres humanos estaban sometidos a un régimen esclavista. Tocqueville no sólo fue un observador pasivo, tomó una acción decidida frente a esta cuestión (en 1839 actuó como ponente, en la cámara de diputados, de un proyecto de ley sobre la abolición de la esclavitud). Él consideraba que el punto de partida para la solución del llamado problema negro, era la liberación de los negros y su mezcla con los blancos. La liberación y una integración parcial iban a conducir –para Tocqueville– a la desaparición o al deterioro de uno de los dos grupos humanos. En Estados Unidos tanto

las mayorías como las minorías apostaron por la solución parcial, por la igualdad en la diferencia, todos ya sabemos las consecuencias (los negros agrupados en gettos). Esta política ha sido tan funcional para este poder racista que para el americano promedio la idea de cruce racial le resulta extraña. Recuerdo una película con Eddie Murphy, él tiene una relación amorosa con una mujer blanca y su amigo le pregunta te has imaginado como saldrán tus hijos. Eddie responde (con horror) no lo había pensado, que terrible: ¡Pueden salir grises!

Entonces, las palabras claves son mezclas, cruces, encuentros. Si se quiere verdaderamente golpear al poder, no hay que dejarle ordenar, clasificar. Porque es hacerle el trabajo más fácil. En nuestro país la gente siempre ha apostado por los encuentros, los cruces, las mezclas. Tenemos que aprender de allí, finalmente –como decía Foucault– los intelectuales tienen que aprender del pueblo, del saber común. Muchas gracias.